

J. M. BRICEÑO GUERRERO

# **ESA LLANURA TEMBLOROSA**

## Álef

Desde siempre la experiencia vivida en la palabra me pareció más real que el contacto directo con las cosas. No sentí al lenguaje como representante del mundo que los sentidos me entregaban, ni como camino hacia él, sino como ámbito de una realidad más fuerte y más cercana a mí. No sólo lo que yo percibía, también todo lo que hacía y sentía mostraba signos dolorosos y grises de inferioridad y exilio en contraste con la plenitud verbal. Todos los seres eran para mí aspirantes oscuros a una dignidad que sólo la palabra podía darles y hasta su débil existencia provenía de sus nombres; una existencia prestada, pues el centro de gravedad y de prestigio se mantenía en los nombres.

En palabras fui engendrado y parido, y con palabras me amamantó mi madre. Nada me dio sin palabras. Cuando yo comencé a preguntar ¿qué es eso? no pedía la ubicación de una percepción en un concepto; pedía la palabra que abrigaba y sostenía aquella cosa, para sacarla de la orfandad, para arrancarla de la precaria existencia suministrada por la palabra cosa, indiferente y perezosa madrastra, y restituirla a su hogar legítimo, su nombre, en el mundo firme de mi lengua. Hogar prestado, es cierto; pero único hogar al cual podían aspirar las cosas, condenadas como estaban a vivir arrimadas en la casa del verbo.

Si observaba atentamente, descubría que el mundo no verbal era un mundo constituido por la palabra. En gran parte me lo entregaban los sentidos, sí; pero sentidos educados por la palabra. Los nombres de colores me enseñaron una manera de percibir; ya adulto aprendí un idioma con menos nombres de colores que el español; si esa hubiera sido mi lengua materna, el mundo supuestamente no verbal hubiera sido menos policromo. Otro idioma tiene ochenta palabras para designar diversos tipos de arena y ninguna para designar la arena en general. Si esa hubiera sido mi lengua materna, el amor mío por las playas habría tenido dedos más numerosos y sutiles para acariciarlas minuciosamente desde ojos expertísimos.

En los juegos infantiles, las palabras de rondas y diálogos hieráticos eran más importantes que los movimientos de cuerpo y emoción: los producían y gobernaban; los contenían y guardaban cuando no jugábamos; y ahora los recuerdo como un cierto brillo cristalino en ellas.

Durante los bochinches del recreo y las peleas furtivas en el aula, me herían más las palabras agresivas que puñetazos, pellizcos, halones de cabello, empujones, patadas y pedradas. El verso de Martí

Cultivo la rosa blanca  
en junio como en enero  
para el amigo sincero  
que me da su mano franca.  
Y para aquel que me arranca  
el corazón con la mano,  
en junio como en enero  
cultivo la rosa blanca.

Era más interesante que atender el jardín o ser magnánimo. La frase: "Según opinión de muchos historiadores, Cristóbal Colón, descubridor de América, nació en Genova, ciudad de Italia; sin embargo, algunos investigadores modernos opinan que era español" me parecía más valiosa que el descubrimiento de América y la vida de Colón.

Expresiones anunciadoras, preparatorias y acompañantes del castigo como No sean hijos del rigor, Hoy no esta la masa pa' bollo, Guerra avisada no mata soldado, Esto es la gota que rebosa la medida, Te vas a acordar del día en que naciste, Me duele a mí más que a ti, pero es por tu bien, me impresionaban más que la creciente ira contenida de la madre y su descarga final.

A un compañero enfurecido que se abalanzaba sobre mí, le dije con gran desparpajo Pega, pero escucha; se detuvo asombrado, yo me fui porque no tenía nada más qué decirle. ¿Qué más que esa poderosa frase llegada por boca del maestro desde la antigüedad clásica?

Los dedos rosados de la aurora me gustaban más que el amanecer. Fue por las tres Marías, el lazo abierto, las siete cabrillas, el toro tuerto, la cruz de mayo, el cazador con sus perros y la leche derramada que me interesaron las estrellas. Quise ver el mar porque en él no se podía arar ni cosechar y era como un potro. No se crea, sin embargo, que el encanto estaba en la metáfora, ese salto semántico que tanto había de cautivarme más tarde.

Estaba sobre todo en las palabras mismas, en su sonido, en las relaciones de sus sonidos, en el parentesco oculto de las letras, en la secreta correspondencia de las sílabas, cómplices en un juego clandestino, de espalda a los significados, o tal vez determinándolos, pero como acción secundaria y parcial dentro de un hacer autónomo, propio del lenguaje, independiente de nosotros y en general inadvertido.

Así, por ejemplo, el relato de las fábulas y sobre todo las moralejas me dejaban frío; no así las expresiones:

Subió una mona a un nogal  
y cogiendo una nuez verde  
en la cáscara la muerde  
con que le supo muy mal.  
A casa del cerrajero  
entró la serpiente un día  
y la insensata mordía  
en una lima de acero

Sospeché que los poetas conocían esa red sutil y secreta de sentido y significaciones propia del lenguaje en sí mismo, y que trabajaban desde ella, por ella, tomando como pretexto los temas que trataban; de ella emanaban, por lo menos para mí, el encanto y la belleza de los poemas; eran buenos en cuanto ponían en juego y evocaban intencionalmente la escondida entraña del lenguaje mientras pretendían contar historias, descubrir situaciones, expresar sentimientos o amonestar e incitar.

Osé pensar que a Hornero no le importaban mucho ni los rencores del Pélida funestos, ni la nefasta belleza de Helena, ni los urgentes manes de Patroclo, ni la altivez inexorable de Ajax.

Osé poner en duda la devoción de Berceo por la Santísima Virgen. Osé considerar secundarios a moros y cristianos en los antiguos romances como a gitanos y toreros en los nuevos.

Sobre todo en la adolescencia, cuando comencé a leer poemas de amor, me pareció que los poetas no amaban a las muchachas cantadas en sus versos, sino a una esquiva doncella oculta en la palabra y relacionada sólo ocasionalmente y por añadidura con las ingenuas receptoras de ese vicario afecto.

Me equivocaba sin duda. Me equivocaba tal vez. Pero algo era claro: se mezclaban dos mundos, originario el uno, derivado el otro, con servidumbre ilegítima no infrecuente del primero al segundo. Lo mismo ocurría ciertamente en el habla cotidiana; pero aquí se justificaba por los imperativos de la necesidad y el deseo. De los poetas cabía esperar la pureza. Yo era más radical.

En la infancia aprendí con placer nombres y proverbios de cuyo significado no quiero acordarme. Me gustaban los trabalenguas más que las golosinas. Paladeaba hechizos y conjuros glosolálicos como si fueran caramelos. Mi juego favorito era hablar en una lengua inventada sobre la marcha: astrapalún galabir decía un compañero y yo le respondía de inmediato paslacatar iniciando así un diálogo como nunca he tenido mejores; decíamos que era francés o turco o chino según el parecido con el habla de esos extranjeros, a quienes por cierto ponía yo más cuidado, sin entender, que al maestro, entendiendo.

Oír conversaciones de lejos era tranquilizante como el ruido de la lluvia y yo intentaba siempre oír regaños y discursos como quien oye llover. Pero lo que más me agradaba era quedarme a solas, sin testigos, para desatar las palabras de su significado, para soltarlas; repetía en voz alta una palabra cualquiera y la seguía repitiendo, a veces en grito pleno, a veces en susurro, hasta que perdía todo contenido, toda referencia a las cosas. En un primer momento de liberación la palabra pelícano podía agredirme como una serpiente enfurecida y la palabra serpiente acariciarme las sienes como el viento veranero. Pero una vez en libertad completa, la voz repetida rompía todas las estructuras de mi mundo y abría un ámbito misterioso de inminente peligro indefinible donde resollaba el sagrado terror de la locura. Huía yo entonces y esperaba horas, días o semanas hasta reunir suficiente valor para volver.

41197

J.J. no ha podido comunicarse con C. por teléfono ni puede ir ahora a su casa. Ella dejó un mensaje negativo en la contestadora para él. No quiere verlo. Él se muere.

Los caminos están cerrados. El abastecimiento de gasolina está muy limitado. Se trata de una huelga de transportistas; los acuerdos del año pasado, dicen ellos, no fueron respetados. Hay grandes pérdidas para los productores de frutas y legumbres, entre otros.

A.J.J. se le perdió la cartera en la Gare de Lyon en París. Allí me esperó para tomar el tren de Avignon. ¿La dejó sobre la mesa del café? ¿Se le cayó mientras caminaba por el andén? ¿Se la quitó un carterista? Cuando se dio cuenta estábamos ya en el tren, lo recuerdo en cuatro patas con la sien en el suelo buscando debajo de los asientos después de haber revisado todos los bolsillos, maletas, maletines y bolsos; hasta me hizo revisar todo mi equipaje: después de nueve horas de avión se confunde uno, dijo.

Estamos en la DRAC Oficinas muy modernas. Tiempo de libros. Fiesta del libro. El África del Sur hoy en día. Fundación La Napoule: le hemos acordado una subvención de 50 mil francos; gracias Dra. Trautmann. Le comunico que he perdido mi cartera con dos tarjetas de crédito, no me acuerdo de los números, me llamo Boin B, o, i, n. Nombre de origen italiano, Buono seguramente.

Quiero saludar a Daniel Van Eeuwen por teléfono. No está en la casa. No está en su oficina. Le dejamos un mensaje. Saludamos a Nelly, mi traductora. No tenemos tiempo de ir a verla ahora.

Está lloviendo mucho como para ir a pie a un café ahora. No sé dónde dormiré esta noche. Anoche dormí casa de J.J. Una casa bellísima en la falda sur del Luberon. Tiene piscina, pero ya el otoño está muy avanzado. Se podría ver Pertuis y Aix, pero el cielo está nublado. Los jardines son preciosos, pero tuvimos que venirnos muy pronto y muy rápido, cómo disfrutarlos sin tiempo, sin morosidad, sin languidez. Por la ventana veo a una niña que besa a un niño y lo acaricia entre las piernas, pero vienen otros niños y ella se aleja. Muchos niños ¿el cierre de los caminos?

Los camioneros españoles, italianos, ingleses y alemanes sufren también por la huelga francesa: no pueden entregar sus cargamentos. Oí en la radio que en algunos lugares se han producido enfrentamientos entre españoles que no sabían lo del cierre del tráfico y franceses. Teléfono. No, señora, no ha entregado el texto, pero lo prometió para el primero de diciembre. Yezabel, traiga la agenda para fijar una cita. ¿Cómo le parece el 25 de noviembre? ¿Las diez, las once? Las anotaciones no coinciden en los dos cuadros. Ella se fue, pero yo me quedo todavía unos momentos. Hay que conseguir los textos. Perdí mi cartera en la Gare de Lyon, un disgusto, un impedimento, me la robó tal vez un carterista, prestidigitador, acróbata, me quitó tiempo. Las mandé anular. Tal vez se me cayó, era muy larga y sobresalía del bolsillo hasta más de la mitad. La otra vez sacaron con mi tarjeta perdida más de once mil francos. Hay gente que sabe averiguar el código de las tarjetas ajenas. ¿Cómo harán? Tengo que preguntarle a un ingeniero electrónico, a Charles Páez puede ser. Ya yo firmé esos cheques y fueron cobrados. Llené el tanque, pero con lo mucho que manejo, si esta huelga sigue, me quedaré parado en cosa de setenta y dos horas. Si el gobierno no interviene se va a paralizar el país. Los patronos no quieren sentarse en la mesa de negociaciones. Aquí no se forma mercado negro de gasolina con especulación en los precios ¿o sí? A.C. se le echó a perder la computadora, está en ebullición. Hay nerviosismo en el ambiente. Un millón cuatrocientos veinticinco mil doscientos cincuenta y tres. Faltan cien mil en la delegación secundaria. Habrá que sacarlos de alguna parte.

Una de las secretarías murió de una dolencia renal. Todos los días le hacían limpieza de sangre, diálisis; pero se reventó por dentro. Todavía era miembro de esta oficina, no se había retirado, no se había jubilado; tenía permiso por enfermedad. De la oficina no fue nadie a los ritos funerarios ni al entierro, por lo menos oficialmente. Eso es inhumano, dijo Miriana, una sirve para trabajar y cuando revienta a nadie le importa. No es inhumano, dijo él, es una falta de modales; alguien debió presentarse a los familiares y decirles "Sentido pésame". Recordé la cara de un compañero muerto; casi lo había olvidado. La viuda del escritor suicida dijo: El fue reconocido, fue embajador, fue ministro. Nos encargamos de que sea recordado; además sus libros son buenos, siempre habrá alguien leyéndolos. Acuérdense de lo que dijo Pushkin completando a Horacio. Horacio dijo: me hice a mí mismo un monumento más duradero que el bronce, más alto que las pirámides; ni la lluvia ni el viento lo dañarán ni el fuego, ni el paso de los años. Pushkin agregó: en el camino que conduce hacia él no crecerá la hierba. Pero la secretaria está más muerta que el escritor si la muerte es el olvido. Pero, ¿puede el recuerdo remediar la muerte? ¿Puede el recuerdo curar de la muerte? ¿Puede el recuerdo de los vivos alimentar a un muerto de tal manera que sea consciente, goce, sufra, piense, moleste, viva?

Los vivos se ocupan del muerto no para ayudarlo a nada sino para consolarse de su ausencia, en el mejor de los casos. Me puse a pensar en Henry Clews.

Cesó la huelga, cesó la lluvia, se normalizó el tráfico. C. le dio cita a J.J. Saludé a Daniel. Compré un cuaderno. Ante un cielo tan claro no presiento nada malo, pero el presentimiento a veces se equivoca.

**1211**

**527**

Un hombre bien educado no debe tener pasiones. Que un hombre sufra por una mujer es indicio de imperfección, es defecto que lo hace despreciable. El hombre de bien se enamora con suavidad, conquista con arte a la mujer amada y se casa para formar familia, hogar, criar hijos, todo en una atmósfera de seriedad y honor. La vi una mañana de domingo cuando ella salía de misa y comprendí que iba a ser mi esposa, y lo ha sido, hasta hoy, hasta siempre.

Eso vi en mi infancia y juventud. Sólo más tarde en la vida, me ha tocado ver desarreglos emocionales vergonzosos y desvergonzados.

**1311**

**1558**

Esta noche la luna eclipsa a Saturno y en torno a ella se ven los satélites de él.

**1411**

**641**

Ahora me doy cuenta, lo que me asombra del Mediterráneo es su juventud, como lo que me asombraba de Rimbaud era su vejez. El Mediterráneo pone su sol y su luna frente a mí como si siempre fuera la primera vez maravillosa; nada de toute lune est atroce et tout soleil amer; ni lacre amour. El mar de Hornero es como Hornero, tiene cara de vino, y de romero. Sigue jugando en la playa, un adolescente o un niño. Oleaje de la Ilíada.

No sé cuándo pierdo el estado de gracia ni cuándo lo adquiero. Voy a poner atención. En general me despierta la abyección